

*mi esperanza* hará aún más explícitos y mordaces sus reparos contra el programa literario e ideológico de la retaguardia nacionalista.

Borges no ha empezado a hablar todavía de sus compadritos; los versos que siguen celebran bucólicamente a sus antepasados señores del campo, los estancieros de su prosapia:

### **Dulcia linquimus arva**

Su jornada fue clara como un río  
 y era fresca su tarde como el agua  
 oculta del aljibe  
 y las cuatro estaciones fueron para ellos  
 como los cuatro versos de la copla esperada.  
 Altos eran sus días  
 hechos de cielo y llano.  
 Sabiduría de campo afuera la suya  
 la de aquél que está firme en el caballo  
 y que rige a los hombres de la llanura  
 y los trabajos y los días  
 y las generaciones de los toros  
 Soy un pueblerero y ya no sé de estas cosas  
 soy un hombre de ciudad, de barro de calle:  
 los tranvías lejanos me ayudan la tristeza  
 con esa queja larga que sueltan en la calle,

(O.C., p.71)

Esta es la definición lírica del paisaje y el espíritu dentro del cual Güiraldes sitúa *Don Segundo Sombra*, ya comenzado en esa época, y al que dará conclusión un año más tarde. Cuando Borges escribe estas líneas, Don Segundo ya está firme en el caballo, mientras un joven poeta miope habla de tranvías y de orillas barrozas, en los límites de Buenos Aires con la pampa. Este es el poeta que también escribe los siguientes alejandrinos:

### **Versos de catorce**

A mi ciudad que se abre clara como una pampa  
 yo volví de las tierras antiguas del naciente  
 y recobré sus casas y la luz de sus casas  
 y esa modesta luz que urgen los almacenes  
 y supe en las orillas del querer, que es de todos  
 y a punta de poniente desangré el pecho en salmos  
 y canté la aceptada costumbre de estar solo  
 y el retazo de pampa colorada de un patio.

(FN 6 FN 6 O.C., p. 77).

Así como en «Promisión en Alta mar» Borges ve la Argentina y su cielo como puede vérsela sólo volviendo desde Europa, en este poema ve a la pampa como sólo se la puede ver desde Buenos Aires, en las huellas de un patio porteño. En esta oblicuidad en la mirada va asomando ya un Borges que prefiere la distancia a la inmersión, el sesgo a la frontalidad. En el estilo general, es claro que este Borges difiere considerablemente de Güiraldes, que nunca utilizó rimas o ritmos de este tipo; parece imposible negar, sin embargo, que la presencia de Güiraldes ha ido permeando estos poemas en la temática y en la intención. Pampa y neocriollismo son nociones que Borges va incorporando a partir de su encuentro con Güiraldes.

Más allá de una evidente influencia, pienso que se trata aquí de una confluencia, una comunión feliz –y fugaz– de hombres jóvenes, fuertes en su amistad, mancomunados en el proyecto de conquistar un nuevo espacio de posibilidad de poesía en su país. Fundamentalmente, el fervor criollista de Borges no está atenuado aquí por ninguna ironía esteticista –como ocurrirá sin duda más tarde. Borges no ha de mantener este tono ni esta temática por mucho tiempo, pero la alegría con que Güiraldes festeja la aparición de este libro no deja lugar a dudas sobre el común entusiasmo que los habita. La admiración de Güiraldes se expresa en una carta a Borges publicada póstumamente en *Síntesis*, año II, n° 13, 1928.

«La Luna de Enfrente (1925) y las calles de los suburbios esperaban que el poeta les hiciera la gracia de un alma.

(...) Y me dan ganas de decir al primer hombre que encuentro: ¿Sabe, señor, Ud., que va alma abajo hacia la muerte? Hemos tenido todos la felicidad de que Jorge Luis escribiera un gran libro. (...) La Luna de Enfrente es un libro escrito y leído con lágrimas en los ojos.

Cuando Larbaud me escribió su primera carta, le dije: “Ud. Me ha dado la alternativa.” Si tuviese yo alguna autoridad, se la daría a Ud. Ahora y al hacerle entrega de la espada con que se mata al toro barroso del hastío, que hay en las cosas no cantadas, el “fierro” se ampliaría por la virtud de mi admiración».

Me detengo brevemente en un pasaje: «Cuando Larbaud me escribió su primera carta le dije: Ud. Me ha dado la alternativa». Güiraldes se refiere sin duda al penoso momento que atravesó luego del fracaso de *El cencerro de cristal* y los *Cuentos de muerte y de sangre* y la relativa indiferencia con que la crítica dejó ir a *Raucha* y a *Rosaura*. No era extraño que en esa oportunidad Güiraldes experimentara dudas en cuanto a proseguir su carrera literaria. El espontáneo interés de Valéry Larbaud por su obra, su curiosa intuición de que detrás de estos fracasos existía potencialmente alguien capaz de una obra mayor, representaron el espaldarazo que Güiraldes nece-

sitaba para reanudar su trabajo de escritor —es decir, la alternativa positiva en esta severa disyuntiva que su destino ofrecía.

En cuanto a Borges, no parece haber dudado nunca de su propio talento literario, a pesar de su proverbial apariencia de modestia. El Borges veinteañero que desembarca de Europa está lleno de ínfulas literarias y aspira no sólo a poetizar su ciudad sino a capitanear el mundo poético de Buenos Aires, donde pisará fuerte en *Martín Fierro*, *Prisma*, y *Proa*, redactará el manifiesto del ultraísmo en *Nosotros* y se insolentará con Lugones en *Inicial*.

Es presintiendo esta implícita suficiencia, acaso, que Güiraldes prudentemente acota: «Si tuviese yo alguna autoridad, se la daría a Ud.». Ambos se han adentrado en Buenos Aires a desafiar al barroso Minotauro del hastío, ese hastío de las cosas no cantadas que menciona Güiraldes, la indiferencia y el mercantilismo porteños. Ambos comulgarían en el programa del criollismo, pero mientras Güiraldes muere representándolo oficialmente, y de algún modo capturado dentro de su mitología, para Borges este período, después del irresistible ascenso de *Fervor de Buenos Aires*, *Inquisiciones* y *Luna de enfrente*, seguido por la abrupta curva del fracaso de *El Tamaño de mi esperanza*, será sólo un pasaje olvidable.

Aun cuando, por fortuna, no se atrevió a retirar *Luna de enfrente* de circulación, Borges renegaría más tarde parcialmente de este libro, como puede verse ya en «El Escritor Argentino y la Tradición» (*Discusión*, Emecé, 1957. También en *Obras Completas*, I, 1969, p. 57): «Durante muchos años, en obras ahora felizmente olvidadas (*Luna de enfrente*, *Evaristo Carriego* y otras muchas), yo traté de rescatar la sensación, el sabor de los barrios extremos de Buenos Aires; naturalmente, abundé en palabras locales, no prescindí de palabras como cuchilleros, milonga, tapia y otras y escribí así aquellos olvidables libros».

También se ensaña contra su propio pasaje por el criollismo en su Prólogo a *Luna de enfrente* (*Obras Completas*, V. I, p. 57) «...Olvidadizo de que ya lo era, quise también ser argentino. Incurrí en la arriesgada adquisición de uno o dos diccionarios de argentinismos, que me suministraron palabras que hoy puedo apenas descifrar: madrejón, espadaña, estaca, pampa...

La ciudad de *Fervor de Buenos Aires* no deja nunca de ser íntima; la de este volumen tiene algo de ostentoso y público. No quiero ser injusto con él. Una que otra composición —«El General Quiroga va en coche al muere»— posee acaso toda la vistosa belleza de una calcomanía; otras —«Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad»— no deshonran, me permito afirmar, a quien las compuso. El hecho es que las siento ajenas. No me conciernen sus errores ni sus eventuales virtudes.

Poco he modificado este libro. Ahora ya no es mío».

Creo innecesario comentar esta displicente autocensura con que Borges fustiga su propia juventud y desecha algunos de los mejores poemas que escribió en toda su vida. Afortunadamente, sus compañeros de generación recibieron con entusiasmo este libro que la crítica posterior, excesivamente sumisa, a mi modo de ver, a los caprichos del mandarín máximo, fue arrastrando al olvido.

La recepción a *Luna de enfrente* por parte de *Martín Fierro* no deja lugar a dudas. En diciembre de 1925, (*Martín Fierro*, Segunda Época, año II, n° 26), Marechal publica en sus páginas un elogio a *Luna de enfrente* que es una verdadera salva de artillería: « libro de mi entusiasmo», «magnífico regalo», «el mejor argumento contra las viejas teorías de Lugones». Numerosas citas acompañan el texto, en particular las del hermoso poema a Cansinos Assens –misteriosamente desaparecido en las versiones posteriores el libro– y las de «Dualidad en una despedida». Subraya Marechal «el aspecto más interesante y promisor: un criollismo nuevo y personal, un modo de sentir que ya estaba en nosotros y que nadie había tratado». «Alza su fuerte voz de hombre que sabe del pasado y del porvenir».

En el mismo número, se exhiben fotos del almuerzo ofrecido por *Martín Fierro* a Borges por *Luna de enfrente*, así como a Sergio Piñero, que parte para representar a *Martín Fierro* en Europa. No vemos a Güiraldes, pero sí a Delia del Carril. Borges agradece con estos versos –cito las dos últimas estrofas:

Les agradezco en nombre de los ponientes machos  
Color baraja criolla que he versiado en Urquiza  
Les agradezco en nombre de la luz de mi patria  
Y de mis almacenes color pollera ‘ e china.

¿Quién pensó que los criollos iban derecho al muerte  
En la ciudad bendita de Rosas y el Peludo?  
Digámosle al destino mucho verso ferviente.  
Respiren, compañeros, se me acabó el discurso.

Una importante salvedad que hay que marcar aquí es que el éxito inhabitual de *Luna de enfrente*, y el aún mucho mayor de *Don Segundo Sombra*, han inclinado a algunos críticos a visualizar la tentativa de *Martín Fierro* como una empresa donde lo cosmopolita vanguardista se aliaba a una opción criollista. Quizás el mismo título de la revista llevaba a este malentendido –pero la elección del título no significaba adhesión a un programa temáticamente criollista sino, ante todo, un conveniente distanciamiento de